

La majnovina
León Trotsky
2 de junio de 1919

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 193-196. 2 de junio de 1919, en Kupiansk-Járkov. Publicado en *V Puti*, número 51.)

Hay la Gran Rusia soviética, hay la Ucrania soviética, y al lado de ellas existe también un estado pequeño y poco conocido: Guliai-Polié. Allí reina el estado mayor de un cierto Majnó. Primero tuvo un destacamento guerrillero, después una brigada, más tarde (al parecer) una división, y ahora todo esto se da el título de “ejército” insurreccional especial. ¿Contra quién se sublevan los insurrectos majnovistas? A este interrogante hay que darle una respuesta clara: en palabras y en actos.

Majnó y sus más próximos correligionarios se consideran anarquistas y sobre esta base “niegan” el poder estatal. ¿Quiere decirse que son enemigos del poder soviético? Evidentemente, puesto que el poder soviético es el poder estatal de los obreros y de los campesinos trabajadores.

Pero los majnovistas no se deciden a declarar abiertamente que están contra el poder soviético. Proceden astutamente, tergiversan: una cosa es el poder soviético local, al cual dicen reconocer, y otra el poder soviético central, al cual no reconocen. Pero todos los sóviets locales de Ucrania reconocen el poder central, elegido por ellos mismos. En la práctica, por tanto, los majnovistas no niegan sólo el poder soviético central de Ucrania sino la autoridad de todos los sóviets locales ucranianos. ¿Qué es lo que reconocen? Reconocen el poder de los sóviets majnovistas de Guliai-Polié, es decir, el poder de un círculo anarquista allí donde ha podido temporalmente afirmarse. He ahí la clave de la sabiduría política majnoviana.

Ahora bien, el “ejército” majnovista necesita municiones, fusiles, ametralladoras, cañones, vagones, locomotoras, y dinero.

Todo lo cual está en manos del poder soviético, se produce y distribuye bajo su dirección. Por tanto, los majnovistas tienen que dirigirse al mismo poder que no reconocen, solicitando de él dinero o municiones. Pero como temen (con todo fundamento) que el poder soviético los prive de aquello sin lo cual no pueden vivir, los majnovistas decidieron asegurar su independencia apoderándose de grandes riquezas del país a fin de entrar después en relaciones “contractuales” con el resto de Ucrania.

En la región de Mariúpol hay mucho carbón y trigo. Y como los majnovistas controlan la línea ferroviaria de Mariúpol se niegan a entregar trigo y carbón como no sea a cambio de diferentes mercancías. Resulta, por tanto, que negando el “poder estatal” creado por los obreros y campesinos de todo el país, los dirigentes majnovistas organizan su pequeño poder pirata que se atreve a cruzarse en el camino del poder soviético de Ucrania y de toda Rusia. En lugar de una economía racionalmente organizada a la escala de todo el país, según un plan general y una concepción única; en lugar de una distribución planificada, socialista, comunitaria, de todos los productos necesarios, los majnovistas intentan instaurar el mangoneo de las bandas y pandillas; el que se apodera de algo es su dueño y puede cambiarlo por aquello que no tiene. No es intercambio de productos sino comercio de pillaje.

Los de Majnó gritan: “¡Abajo los partidos, abajo los comunistas, vivan los sóviets sin partido!” Pero esto es una lastimosa mentira. Majnó y sus partidarios no son sin partido. Todos pertenecen a la corriente anarquista y distribuyen circulares y cartas a sus

correligionarios invitándoles a Guliai-Polié para organizar allí su propio poder. Si agitan la bandera de los sin partido es simplemente para engañar a los campesinos más atrasados que no saben orientarse en la cuestión de los partidos. En la práctica el lema de sin partido sirve de excelente cobertura a los kulaks. Estos no se atreven a reconocer abiertamente que pertenecen al partido de las centurias negras, temen las represalias. Por eso lo que más les agrada es hacer ostentación de no pertenencia a ningún partido. Tras el lema sin partido se escudan ahora también los socialrevolucionarios, la peor parte de los mencheviques, los kadetes y, en general, los contrarrevolucionarios para los cuales resulta demasiado peligroso mostrarse en estado natural.

Los comunistas no ocultan su rostro y no pliegan su bandera. Actúan abiertamente, como tal partido, ante el pueblo trabajador. Los obreros y campesinos han conocido a los comunistas en la práctica, a través de su propia experiencia, en el curso de una lucha difícil. Justamente por eso el partido de los comunistas bolcheviques adquirió gran influencia en las masas trabajadoras y, por consiguiente, en los sóviets.

Los contrarrevolucionarios de todo pelaje odian al partido comunista. Y los majnovistas experimentan análogo sentimiento. De ahí la profundísima simpatía de los pogromistas y centurias negras por la bandera “sin partido” de los majnovistas. Los kulaks de Guliai-Polié y los especuladores de Mariúpol hacen coro entusiásticamente a los majnovistas: “Nosotros no reconocemos el poder central que reclama carbón y trigo. Somos dueños de lo que nos apropiamos...”. En este aspecto, como en tantos otros, los de Majnó no se distinguen en nada de los de Grigoriev. También éste se ha sublevado contra el poder central en nombre de los sóviets locales sin partido, es decir, contra la voluntad organizada de toda la clase obrera en nombre de bandas y grupos particulares de kulaks. No es por casualidad que al levantar el estandarte de su salvaje revuelta bandidesca y una vez lanzado a exterminar comunistas, Grigoriev apeló al “padrecito” Majnó, proponiéndole concluir un pacto de bandidos. Es verdad que Majnó rehusó. Pero no por razones de principio, ni mucho menos. En el congreso de anarquistas, celebrado en Guliai-Polié, Majnó llamó abiertamente a la insurrección contra el poder soviético. Si no se ha sublevado al mismo tiempo que Grigoriev la cosa se explica únicamente porque comprende que la sublevación abierta está condenada.

El “ejército” de Majnó es la peor forma de guerrillerismo, pese a que en él hay no pocos combatientes excelentes. Es un ejército sin sombra de orden y disciplina. No tiene organización de abastecimiento. Los víveres, el equipo, las municiones, se cogen donde se puede y se gastan no importa cómo. Este “ejército” se bate según el humor del momento. No acata orden alguna. Los grupos atacan cuando pueden, lo que quiere decir cuando no encuentran resistencia seria, y al primer empujón un poco duro del enemigo se repliegan en desorden, abandonando a reducidas fuerzas enemigas estaciones ferroviarias, ciudades y material de guerra. La culpa de que esto suceda recae enteramente en los comandantes anarquistas, que no saben lo que se traen entre manos.

En este “ejército” los comandantes son elegidos. Los majnovistas vociferan: “¡Abajo los comandantes nombrados!” Con lo cual inducen a engaño a los elementos más atrasados de entre sus propios soldados. Podía hablarse así de los “comandantes nombrados” bajo el régimen burgués, cuando los funcionarios zaristas o los ministros burgueses nombraban según les parecía a los comandantes encargados de mantener a la masa de soldados sometida a las clases burguesas. Ahora nosotros no tenemos otro poder que el elegido por toda la clase obrera y por el campesinado laborioso. Por consiguiente, los comandantes nombrados por las autoridades soviéticas centrales son nombrados por la voluntad de millones de trabajadores. Los comandantes majnovistas, en cambio, reflejan los intereses de una ínfima camarilla anarquista que se apoya en los kulaks y en la ignorancia.

El carácter antipopular del majnovismo se refleja, mejor que nada, en el hecho de que el “ejército” de Guliai-Polié se denomina “ejército de Majnó”. Es decir, individuos armados que no se agrupan en torno a un programa, ni a un ideal, sino en torno a una persona. Lo mismo exactamente sucedía con Grigoriev. En la Ucrania soviética y en la Rusia soviética los regimientos y divisiones son instrumentos de toda la clase obrera. En el estado de Guliai-Polié los destacamentos armados son instrumento del ciudadano Majnó. Ya hemos visto a dónde conduce eso. El “ejército” personal del atamán Grigoriev primero marchó con Petliura, después se unió al poder soviético, y más tarde se sublevó, con Grigoriev a la cabeza, en nombre del poder del mismo Grigoriev. Las masas armadas sin partido, ignorantes y engañadas, se convierten en instrumento ciego de los aventureros.

Así son el estado y el “ejército” de Guliai-Polié. Se raspa un poco a un majnovista y se encuentra un grigorievista. Y las más de las veces no hace falta raspar: el kulak desenfadado, que ladra a los comunistas, o el pequeño especulador, asoma abiertamente la oreja.

El poder soviético es la dictadura de la clase obrera que ha convertido el poder estatal en instrumento de la reconstrucción socialista. Al mismo tiempo el poder soviético tiene que defender al país socialista del ataque rabioso de la burguesía. ¿Es concebible que en esta situación se permita la existencia en el territorio de la república soviética de bandas armadas, organizadas en torno a atamanes y “padrecitos”, que no reconocen la voluntad de la clase obrera, se apoderan de lo que les place y combaten cuando les da la gana? ¡No! ¡Es hora de acabar con ese relajamiento anarcokulak, de acabar enérgicamente, de una vez y para siempre, de manera que a nadie le queden ganas de recomenzar!

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es